

SANTIAGO
SÁNCHEZ COGEDOR

Prólogo de Nico Abad

LA HISTORIA
CONTADA
EN PRIMERA
PERSONA
DEL CIUDADANO
ESPAÑOL
ENCARCELADO
EN UNA DE
LAS PRISIONES
MÁS SALVAJES
DE IRÁN



CÓMO SOBREVIVÍ 15 MESES ENTRE REJAS

Cómo sobreviví 15 meses entre rejas

La historia contada en primera persona del
ciudadano español encarcelado en una de
las prisiones más salvajes de Irán

SANTIAGO SÁNCHEZ COGEDOR



© Santiago Sánchez Cogedor, 2024

© del prólogo: Nico Abad

© de las fotografías: cortesía del autor

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2024

Alenta es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2024

Depósito legal: B. 9.375-2024

ISBN: 78-84-1344-344-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Sumario

Prólogo	13
1. La trampa.....	25
2. ¿Cómo diablos he llegado hasta aquí?	37
3. Sin noticias del exterior	55
4. El traslado a la prisión de Saqqez	75
5. Llegada al infierno de Evin	87
6. Con Thomas y Faras en el corredor 8	97
7. Llegada a la sección de espionaje	115
8. Kamal Amirbeik	133
9. Cumpleaños en prisión.....	145
10. Bendito deporte.....	153
11. Peleando con mis demonios	165
12. La fuga	175
13. Come, reza, resiste.....	185
14. Unos llegan, otros se van	195
15. Mentiras piadosas.....	209

16. El juicio (o algo parecido)	217
17. Preparando otra Navidad entre rejas.....	227
18. Vaya tela, chaval	239
Epílogo	253
Así lo han vivido ellos	259
Agradecimientos	267

«Emocionado, aturdido, agotado, exultante y eufórico, Santiago Sánchez Cogedor volvió a pisar suelo español tras quince meses preso en una cárcel de Irán.

Rodeado de sus padres, su hermana y un gran número de amigos, el aventurero español aterrizó en el aeropuerto Madrid Barajas en un vuelo desde Dubái, adonde llegó a su vez ayer lunes procedente de Teherán.

[...] Sánchez Cogedor permanecía detenido desde octubre de 2022 y su liberación fue anunciada el domingo en un mensaje en la red social X por la embajada de Irán en España, que situó la decisión de dejarle en libertad «en el marco de las relaciones amistosas e históricas entre ambos países y en cumplimiento de leyes».

[...] En todo momento, Sánchez Cogedor ha querido lanzar un mensaje positivo y no se ha querido

centrar en los terribles momentos que ha pasado en la prisión iraní, una de las más duras del mundo y donde se practica la tortura, según Amnistía Internacional.

Su madre, Celia Cogedor, también ha atendido a los medios en el aeropuerto minutos antes de volver a abrazar a su hijo. «Se ha acabado la pesadilla», ha dicho Celia, quien ha agradecido la labor del Gobierno, del Ministerio de Exteriores, y en especial del embajador español en Teherán, Ángel Losada.

[...] A lo largo de su cautiverio, este aventurero español, acusado de espionaje, perdió algo más de quince kilos, sufrió problemas de estómago, de muelas...»

Extracto de la noticia aparecida el 2 de enero
de 2024 en el diario *El Mundo*,
firmada por Ana del Barrio

Ésta no es una historia basada en hechos reales: es una historia real.

Una historia a ratos dura, pero también maravillosa y llena de esperanza.

Una historia que viví en primera persona y que voy a tratar de explicarte con total sinceridad y fidelidad, porque así soy yo: transparente y claro.

No puedo ni quiero dejar de ser así.

Primero porque me sale del corazón. Y segundo porque ya hace tiempo que decidí que quiero vivir a mi manera, no como nos impone la sociedad, que trata de convertirnos en meros peones de un engranaje sin sentido.

Hace un mes que regresé de mi último viaje, aunque en realidad tengo la sensación de que una parte de mí está todavía lejos, en aquellas prisiones de Irán en las que he pasado quince meses encerrado.

Han sido tantas y tan intensas las emociones vividas que mi alma ha quedado dividida en pedacitos. Algunos han vuelto, pero otros se han quedado en los diferentes países por los que he viajado, especialmente en Irán. Están y estarán para siempre con algunas de las personas con las que he compartido este último período de mi vida.

De vuelta ya en Madrid, mientras trato todavía de asumir y procesar la experiencia más dura de mi vida, empiezo a escribir este libro. Lo hago como si fuera otro de mis viajes: con una idea de dónde quiero llegar, pero abierto a lo que surja en el camino.

No sé si seré capaz de transmitirme la intensidad de las experiencias vividas: todo lo que he visto, lo que me ha emocionado, lo que he compartido.

Lo que he sufrido y lo que he aprendido.

Voy a intentarlo.

Febrero de 2024

La trampa

El 1 de octubre de 2022 llegué a Penjwen, un pequeño pueblo en el norte de Irak, en la región del Kurdistán. Sólo una montaña me separaba de Irán, el último país que tenía que atravesar antes de llegar a mi destino final, Qatar.

Llevaba diez meses, desde que salí de Madrid en enero de ese año, viajando a pie con mi pequeño carro, donde transportaba mi tienda de campaña y las pocas pertenencias que necesitaba para vivir. Ya había aprendido en viajes anteriores que en realidad no nos hace falta gran cosa para vivir. Desde entonces me gusta viajar así, ligero de equipaje, enfocándome en lo importante, que son las experiencias y las personas que me voy encontrando por el camino.

Recuerdo que aquel día era viernes porque estaba todo cerrado, pues en Irak el viernes es festivo. Después de buscar y preguntar, conseguí comprar en una

tienda pequeña algo de pollo y unos guisantes para cenar. Al salir, me encontré con varios niños que habían salido de sus casas y que me miraban divertidos mientras jugaban con un balón de fútbol.

No me extrañó: había vivido todo tipo de experiencias en los meses que llevaba viajando. A veces, cuando llegaba a un sitio, la gente del lugar ya sabía quién era e incluso me esperaba. Como iba publicando mi recorrido y mis vivencias en Instagram, y como hoy en día las redes sociales llegan a casi todas partes, muchos sabían ya que soy un gran aficionado al fútbol y que iba camino de Qatar para ver el Mundial.

Uno de los niños se puso delante de mí, pisó el balón con un pie, lo levantó y empezó a darle toques. Después de su exhibición, me lanzó la pelota y yo hice lo mismo. Luego llegaron más niños, que saltaban alegres y me chocaban la mano.

Los padres estaban en las puertas de sus casas y algunos, cuando me acerqué, me hicieron preguntas. Es increíble cómo podemos entendernos con gestos universales, aunque no compartamos idioma. En este caso, se llevaban las manos a la boca y se frotaban la tripa, que era una forma de preguntarme si quería comer con ellos.

No podía dejar pasar la experiencia. Acepté la invitación de una de aquellas familias y comí con ellos en su casa. Después, los niños del pueblo me escoltaron hasta el final del pueblo, me abrazaron y, con un gesto también universal, se llevaron la palma de la mano a la boca y me lanzaron besos.

Me adentré en la montaña por un camino polvoriento con la intención de encontrar un lugar donde acampar y pasar la noche. Al otro lado de la montaña se veía ya Irán.

Junto al camino había unas pequeñas parcelas. Elegí una de ellas y monté la tienda de campaña. Entonces se acercó una mujer, la saludé con un *salam aleikum* e, indicándole la tienda, le expliqué como pude que tenía la intención de dormir allí. No pasaron ni cinco minutos cuando llegó un hombre y le expliqué lo mismo, poniéndome las manos junto a la cabeza a modo de almohada y diciéndole: «*Camping*, amigo».

A modo de respuesta, sacó el teléfono, habló en kurdo y al rato llegaron los dueños de la finca. Pensé que tal vez no les haría gracia que un extranjero acampara en su finca y que me invitarían a buscar otro lugar. Al fin y al cabo, para ellos era alguien extraño de un lugar lejano que no hablaba su lengua y tenía un aspecto diferente al suyo. Pero, lejos de echarme de la finca, entre risas me ofrecieron ir a dormir a su casa.

Había decidido atravesar la frontera por el Kurdistán porque esta región tiene muy buena fama entre los viajeros por la hospitalidad de sus gentes, algo que pude comprobar no sólo aquel día, sino muchos otros. En realidad, había encontrado gente hospitalaria no sólo en aquella región, sino en todos los países que había recorrido hasta llegar allí: España, Francia, Italia, Albania, Grecia, Turquía e Irak. Raro era el lugar donde me recibían con mala cara.

También conocía la hospitalidad iraní de un viaje anterior, pues no era la primera vez que visitaba la zona ni el país. Había estado allí en enero de 2020 con un amigo. Después de presenciar juntos la final de la Supercopa en la ciudad de Yeda, en Arabia Saudita, decidimos hacer un poco de turismo y tomamos un avión hasta Teherán. Luego fuimos hacia el sur, hasta Bandar Abbás, durmiendo en casas de gente local muchas noches. Llegamos hasta Ormuz, una isla muy turística que está en el golfo Pérsico. Cuando regresábamos desde allí a Bandar Abbás en barco, conocimos a Alí, que nos hospedó en su casa. Era un chico agradable. Poco podía sospechar en aquel momento lo que me sucedería con él más adelante... Pero vamos por partes.

El caso es que, después de desmontar la tienda de campaña y pasar la noche en casa de aquella familia kurda tan amable, seguí mi camino hasta el paso fronterizo entre Irak e Irán. Me había costado mucho conseguir el visado para entrar en el país, pues meses antes, cuando lo tramité en la embajada iraní de Estambul, no entendían por qué hacía aquel viaje a pie. Les pareció raro y al principio me lo denegaron, pero lo pedí de nuevo vía internet y al final me lo concedieron.

Después de caminar durante horas, atravesé finalmente la frontera. Al otro lado me esperaba Alí, el chico que había conocido en mi anterior viaje. Durante los casi tres años que habían pasado desde que estuve en su casa en la isla de Ormuz, nos habíamos enviado algún que otro mensaje, igual que con muchas de las

personas que iba conociendo por el camino y con las que nos intercambiábamos los números de teléfono. No era una relación, ni mucho menos una amistad, sino más bien una forma de mantener el contacto.

Cuando Alí se enteró de que iba a ir de nuevo a su país, empezó a interesarse mucho por mí y a preguntarme cosas de mi viaje. Como estaba en Turquía se puso en contacto conmigo e insistió en venir a recibirme a la frontera. La verdad es que me extrañó, pues él vivía muy lejos, a unos 1.700 kilómetros en dirección sudeste, en Bandar Abbás. Me explicó que acudiría en coche, lo cual suponía al menos dos días de viaje. Le dije que no era necesario que se diera aquella paliza por mí, que yo podía seguir avanzando y que nos podríamos encontrar más adelante.

Aun así, insistió. «No, por favor, eres mi invitado», dijo. Y yo, que por norma general siempre confío en la gente y no tenía por aquel entonces ningún indicio para sospechar de él, le dije que vale, que nos encontraríamos en la frontera.

Seguramente ése fue mi fallo. Si de algo soy «culpable» es de fiarme de todo el mundo.

Cuando nos encontramos era ya de noche. Fuimos en su coche hasta Marivan, la ciudad más cercana, todavía en la región del Kurdistán, pero ya en el lado iraní. Buscamos un hotel y pasamos allí la noche. Al día siguiente nos despertamos pronto y me dijo que tenía que ir a un

taller para cambiar las pastillas de freno de su coche. Eso es al menos lo que entendí, pues él apenas hablaba inglés y yo no hablaba farsi (lo aprendí más adelante, estando en prisión). Nos apañábamos con el traductor de Google.

Mi plan era viajar a Teherán, donde tenía una cita en un hospital para disfrazarme de payaso para los niños con cáncer, igual que había hecho en Turquía en un centro de chicos con autismo. También había quedado con un periodista iraní que me quería hacer una entrevista. Después de la reparación, le di a Alí el teléfono del periodista para que concretara la cita con él. Hablaron en farsi unos minutos y arrancamos. Al cabo de un rato, me di cuenta de que no íbamos hacia Teherán. Abrí Google Maps y descubrí que estábamos yendo hacia el norte, concretamente hacia la región de Saqqez. En esa zona justamente estaba la tumba de Mahsa Amini, una joven de veintidós años a la que habían detenido por no llevar bien colocado el *hiyab* (o sea, el velo islámico) y que había muerto unas semanas antes mientras estaba bajo custodia policial. Su muerte había conmovido a medio mundo y había desatado una oleada de protestas en todo Irán, incluida aquella zona del Kurdistán iraní, de donde era originaria. Su funeral, que había derivado en una manifestación de protesta contra el régimen iraní, con decenas de mujeres quitándose el velo, cortándose el pelo y usando la fotografía de Amini como imagen de perfil en sus redes sociales, había aparecido en toda la prensa internacional.

Era, por tanto, una zona agitada y con mucho control policial. Yo no entendía por qué estábamos yendo hacia allí y se lo pregunté a Alí (conservo todas esas conversaciones en el historial del traductor de Google). Me respondió que no me preocupara, que tan sólo nos desviábamos un poco para ir a comprar unas herramientas para su padre. Me pareció extraño y discutimos durante un rato, pero estaba cansado y al final me dejé llevar.

Me sorprendió que viajara tan rápido, como si tuviera prisa por llegar, que no quisiera parar a hacer fotos y que, en cambio, sí parara en el cementerio donde estaba la tumba Mahsa Amini. Recuerdo que aparcó y salió del coche. Yo me quedé dentro, durmiendo. Al cabo de un rato regresó y me despertó: «Santiago, ven. Está aquí el hermano de Mahsa. Bájate y nos hacemos unas fotos con él», dijo. Y como nunca pienso que me pueda pasar nada, accedí a hacer lo que me proponía. Salí y nos hicimos cuatro fotos con mi móvil en la tumba de la joven. Un gran error, como luego comprobé.

Después propuso buscar un hotel, pasar allí la noche y al día siguiente salir temprano hacia Teherán. De camino al hotel, me propuso comprar un ramo de flores y entregárselo a la madre de la joven. Estaba tan mareado del viaje que me encogí de hombros y le dije que adelante. Paramos en una floristería, compramos un ramo y nos quedamos esperando en una rotonda frente al hotel, donde supuestamente habíamos quedado con el hermano y la madre.

Se presentó una hora tarde. Yo ya estaba a punto de irme al hotel. Se acercó la madre, le di el ramo, la abracé y le di el pésame. Luego nos dimos la vuelta y fuimos al coche de Alí a sacar su maleta y mi mochila. Ahí fue cuando se acercó un tipo, llamó a Alí por su nombre, vino hacia mí y me cogió la mochila. Pegué un tirón hacia atrás y me revolví. Entonces Alí me dijo: «Santiago, son policías, no te preocupes».

Nos separaron y a mí me metieron en la parte de atrás de un coche muy sucio, creo que era un Peugeot antiguo. Lo primero que vi fue un bate de béisbol de madera con el mango forrado con cinta aislante negra. Luego me vendaron los ojos, me intenté quitar el antifaz, se pusieron serios y me gritaron algo que no entendí pero que sonó amenazante.

Me quedé quieto y con los ojos tapados. Estaba en *shock*. No sabía qué estaba pasando ni por qué me detenían. Parecía que Alí me había tendido una trampa, pues había insistido mucho en hacernos una foto en la tumba Mahsa Amini y en ponerme en contacto con su familia, lo que seguramente había alertado a la policía, pero tampoco entendía por qué lo había hecho.

Estaba completamente a ciegas, en sentido figurado y en sentido literal.

Dentro del coche iba tan tenso que me costaba tragar saliva. Aunque Alí había dicho que eran policías, como no iban de uniforme, pensé que tal vez fueran en realidad terroristas o una banda organizada que me estaba secuestrando para pedir un rescate.

Las dudas se disiparon un poco cuando me sacaron del coche y me dijeron que estábamos en una comisaría de Saqqez. Era ya de noche. Me llevaron a una sala y empezaron a interrogarme en un inglés tan precario como el mío. Me informaron de que eran de los servicios de inteligencia iraníes, lo cual no contribuyó mucho a tranquilizarme.

De vez en cuando trataba de girarme porque escuchaba ruido a mi espalda y me gritaban «*Don't turn your neck!*» («¡No gires la cabeza!»). Conseguí ver que estaban destripando mi equipaje, poniéndolo todo patas arriba. También en ese momento me quitaron el teléfono móvil.

Pensé que seguramente mirarían las fotos y mi Instagram y, al ver que no era ningún espía, me dejarían libre. Pero no fue así. Me trasladaron a una celda diminuta y húmeda, con las paredes sucias y una luz mortecina. Era tan pequeña que abriendo los brazos tocaba las dos paredes al mismo tiempo. Estaba sucia y sólo había una moqueta en el suelo, dos mantas y un vaso de plástico. Me trajeron una bandeja con algo para cenar, creo que arroz con verduras, pero no tenía hambre. El guardia, un hombre mayor con cara de buena persona, trató de animarme: «*Bojor, bojor*» («Come, come»).

Descubrí que Alí también estaba detenido en una de las celdas porque lo escuchaba rezar al fondo, pero era imposible hablar con él. No pude pegar ojo en toda la noche. Tampoco lloré: estaba totalmente alerta, tenso y a la expectativa.

Supe que había amanecido porque entró luz natural por una abertura y se reflejó en una de las paredes de la celda. También porque escuché la llamada a la oración, un sonido que, aunque en aquel momento no me lo podía ni imaginar, me despertaría todas las mañanas durante los siguientes meses.

Me trajeron un té y de nuevo me llevaron con los servicios de inteligencia, que volvieron a interrogarme en inglés. «¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué conoces a Alí?...» Una y otra vez me hacían las mismas preguntas, supongo que esperando a ver si me contradecía en alguna respuesta. Tuve que explicarles la historia cuarenta veces a lo largo del día.

Pasé una segunda noche en la misma celda, ya bastante cabreado, porque no me daban ninguna información ni me permitían usar mi teléfono. Pensé que mi familia podía estar preocupada, aunque por suerte les había advertido de que la comunicación desde allí podía ser difícil, entre otras cosas porque tenían bloqueadas las comunicaciones por internet.

Cuando desperté al día siguiente, 4 de octubre de 2022, pensé que ya habían tenido tiempo de inspeccionar mi móvil y de ver que yo era un simple turista, no un espía ni nada parecido. Pensé que me darían mis pertenencias y me dejarían marchar, pues estaba en el país de forma legal y no había hecho nada malo. Pero pasaban las horas y no me decían nada.

Por la tarde empezó el movimiento. Me condujeron al exterior de la comisaría, donde también estaba Alí.

Aproveché para hablar con él: «¿Esto qué es, amigo? —le dije—. ¿Me has traído aquí aposta?». En lugar de responder, se puso a llorar. Pensé que nos iban a dejar libres pero en lugar de eso nos esposaron de pies y manos, nos metieron a los dos en el asiento trasero de un coche y empezaron a conducir a toda velocidad.

Era ya de noche. El guardia que conducía el coche no paraba de fumar y de tirar las colillas por la ventanilla, y yo le decía: «Pero ¿qué haces, amigo?». Alí, a mi lado, no paraba de llorar. Sus lágrimas se derramaban sobre mi brazo, que iba esposado al suyo. De vez en cuando me decía: «*Why don't you cry, Santiago?*» ('¿Por qué no lloras, Santiago?'). Y yo le respondía: «Pero ¿por qué tengo que llorar?». El hecho de que a él también lo llevaran preso me suscitó algunas dudas. Se me ocurrió que quizás me había tendido una trampa en la que él mismo también había caído.

No sé exactamente lo que duró el viaje, pero debieron de ser unas tres horas. Finalmente, llegamos a un edificio de aspecto siniestro en medio de la noche. Como supe luego, era un centro de detención de máxima seguridad en la ciudad de Sanandaj, capital del Kurdistán iraní.

Empezaba allí un calvario. Un infierno que duró quince eternos meses.